

SER FELICES COMO SACERDOTES

Cardenal Lazzaro YOU HEUNG-SIK

Prefecto del Dicasterio para el Clero
Encuentro Nacional de Sacerdotes de Ecuador

(Guayaquil, 12 de julio de 2023)

Queridísimos hermanos sacerdotes:

Ante todo un GRACIAS por vuestra presencia aquí, pero mucho más

por vuestro servicio al Pueblo de Dios, vuestra entrega al pueblo que os

está encomendado, día tras día y especialmente en la reciente pandemia que

ha sido para nosotros, ministros de Dios, un tiempo que nos ha puesto a

dura prueba a todos.

Estoy feliz de poderme encontrar hoy con vosotros y tener esta

oportunidad de mirar junto a vosotros a mi vida y a nuestra vida. Os hablo con el corazón abierto, sin formalidades, y por lo tanto comienzo por contaros en primer lugar algo sobre mí y también después de eso, de vez en cuando compartiré con vosotros algo sobre mi vida.

Una opción que debe ser renovada siempre

Cuando el Papa Francisco me dijo en abril de 2021 que quería llamarme a Roma para hacerme Prefecto del Dicasterio para el Clero, me llevé un susto. Nunca habría imaginado trabajar un día en el Vaticano, lejos de mi tierra y lejos de mi gente. En Corea yo era un obispo feliz, comprometido junto con mi diócesis en un camino prometedor tras las huellas de nuestros mártires. El Papa Francisco había venido a nosotros en la diócesis para la Jornada de la Juventud Asiática y habían surgido iniciativas interesantes. También habíamos realizado un Sínodo diocesano que acercó a sacerdotes y laicos, y yo estaba construyendo una nueva Curia diocesana.

Y llegó esta llamada, esta petición del Papa. Le dije: "Pero yo soy un campesino, hijo de campesinos". El Papa no se dejó impresionar por eso.

Se había informado sobre mí y había sabido que yo tenía una relación buena y fraterna con los sacerdotes. Eso era lo que le interesaba.

Os soy sincero: dejarlo todo e incluso dejar un cierto nivel de vida -el carro con el chofer, las religiosas que cuidaban la casa, los colaboradores y las colaboradoras a mi disposición y también el aprecio de la gente- no fue fácil. Llegué a Roma y no había un apartamento para mí. Viví durante tres meses y medio en una habitación con baño, rodeado de mis maletas. Y luego por otros tres meses en Santa Marta, cerca del Papa, pero sin una casa propia. Para mí fue una sana purificación. Me ayudó a volver una vez más a lo esencial del Evangelio. Era la ocasión de una renovada elección sólo de Dios. Pido para mí y para vosotros la gracia de saber renovar siempre esta elección. Cuando somos jóvenes - si todo va bien - empezamos con grandes ideales, pero con los años se corre el riesgo de



acomodamos, de no tener ya ese frescor evangélico, y entonces nuestra vida ya no es un testimonio transparente de Dios. Y es entonces ¡precisamente en ese momento! - la ocasión de una segunda elección de Dios, más profunda y más verdadera de la que hicimos con la ilusión y el entusiasmo que sentimos como jóvenes.

¿Sacerdotes felices o desanimados?

Os voy a contar otra cosa que me pasó. Cuando se publicó mi nombramiento el 11 de junio de 2021, un amigo obispo me llamó y me dijo: "Ahora tú eres el encargado de que todos los sacerdotes del mundo sean felices". Estas palabras me tocaron como si vinieran de Dios mismo y nunca me abandonaron: ¡hacer que los sacerdotes puedan ser felices! No es fácil porque, cuando miro a mi alrededor, veo a tantos sacerdotes desanimados. Y los entiendo: hay muchas razones para sentirse agobiados y ciertamente también vosotros tendríais mucho que decir sobre esto. Intentemos recordar algunas causas de esta situación. Menciono cuatro que se destacan más, pero también hay otras.

1. La sobrecarga. En muchas partes del mundo los sacerdotes llevan una carga que es superior a sus fuerzas. A menudo son pocos en número y las parroquias son grandes e incluso muy grandes, con muchas comunidades a las que seguir y a veces muy lejanas. La gente pone muchas expectativas en los sacerdotes. Para llegar a todos, hay muchas misas que celebrar: tal vez cinco o seis los domingos y dos, tres, cuatro entre semana. Y luego la catequesis que realizar, los grupos y asociaciones que seguir, los sacramentos que preparar. No se llega nunca al final: siempre en movimiento, siempre en acción. Con un tal "supertrabajo", en un momento dado uno se siente vacío, el entusiasmo se desvanece y se pasa a la rutina; los más entusiastas, en cambio, corren el riesgo del agotamiento. E interiormente se vive una situación de aridez e incluso de noche: ya no se siente nada, solo se funciona.

2. Un segundo motivo: la soledad y el individualismo. El Concilio Vaticano II habló de sacerdotes casi exclusivamente en plural - los sacerdotes; y no: el sacerdote - y nos dejó en el n. 8 del Decreto "*Presbyterorum Ordinis*" una página maravillosa sobre la comunión presbiteral, animando a los sacerdotes a practicar diversas formas de vida común: desde la convivencia hasta la mesa común o, al menos, las reuniones frecuentes. Pero lamentablemente la realidad es otra: casi siempre los sacerdotes se encuentran viviendo y trabajando solos, y esto a menudo ya desde los primeros años de ministerio. Han elegido -esperamos- la vida en el celibato pensando que así pueden revivir la experiencia de los apóstoles con Jesús y entre ellos, pero en realidad se encuentran solos. Viven para los demás, se entregan a la gente, pero cuando llegan a casa a la noche tarde, no hay nadie. Solo está la televisión. Y uno tiene ganas de decir: «Me gasto por los demás, corro de la mañana a la noche, pero ¿quién piensa en mí? No tengo a nadie". En esta situación es fácil buscar sustitutos. Y también es fácil hacerse individualistas, capaces de tener y dirigir a muchos colaboradores, que dependen de nosotros, pero poco capaces y disponibles a colaborar en pie de igualdad con otros sacerdotes y también con los laicos.

3. Nuestra fragilidad. Hemos hablado de la sobrecarga y de la soledad, pero existe un tercer motivo de desánimo que nos afecta a todos. Cuanto más avanzamos, más descubrimos que no somos superhéroes sino llenos de límites; no somos superman sino que tenemos nuestras

fragilidades. Y entonces sentimos que no estamos a la altura de nuestra tarea y de nuestra vocación. Descubrimos -si somos realistas y sinceros- nuestra debilidad y el hecho de ser pecadores. El Papa Francisco nos habla a menudo de esto. En comparación con Jesús y con su Evangelio, todos hacemos en algún momento la experiencia de Pedro que, viendo la infinita distancia entre él y Jesús, exclama: "Señor, apártate de mí, que soy un pecador" (Le 5, 8). Y, después de haber negado a Jesús, lloró amargamente (cf. Le 22,62). Si no somos superficiales y tenemos sensibilidad, tarde o temprano el sentimiento de nuestra insuficiencia corre el riesgo de desanimarnos y, a veces, incluso de aplastarnos.

4. Una Iglesia y una sociedad que cambian rápidamente. Hay una cuarta cosa que fácilmente produce en nosotros desánimo y no poco. Vivimos en una sociedad que cambia rápidamente. Y no es un cambio lineal y paulatino, sino un cambio radical, tanto que el Papa Francisco habla de un cambio de época. Muchas cosas que eran útiles y válidas hasta ayer ya no lo son hoy. Pensemos en la máquina de escribir, antaño indispensable. Hoy es una pieza de museo. Muchos jóvenes ya ni siquiera saben lo que es. Lo mismo sucede también en el ámbito pastoral: ciertas formas de hacer las cosas que hasta ayer daban sus frutos, en el mundo digital y globalizado de hoy ya no tienen impacto. Y nos encontramos desplazados. En esta situación la Iglesia está llamada a emprender nuevos caminos. Entre ellos está la sinodalidad, que insta un modo diferente en la relación entre sacerdotes y laicos, más participativo y más igualitario, y trata de activar y poner en misión a todo el Pueblo de Dios. Pero nosotros no estamos acostumbrados a esto. Entonces comenzamos a hacernos muchas preguntas sobre nuestro rol y nuestra identidad y corremos el riesgo de quedarnos bloqueados, desanimados.

Sacerdotes felices, en el espíritu de las Bienaventuranzas

Os decía que me impresionaron mucho las palabras de aquel amigo obispo que me dijo: "Ahora tú eres responsable de que sean felices todos los sacerdotes del mundo". Esa palabra me hizo mirar con otros ojos a los sacerdotes que encuentro cuando cruzo la Plaza de San Pedro para ir de casa a la oficina o viceversa: ¿Son felices? ¿Están en la luz? ¿Tienen alegría? ¿O están tristes, cansados, desanimados? No pocas veces me detengo y hablo con uno o con otro. Se sorprenden cuando descubren que soy el Prefecto del Dicasterio para el Clero y me interesan por ellos como un hermano. En realidad, también yo salgo enriquecido de esos momentos, porque comprendo mejor lo que viven los sacerdotes y lo que esperan en las diversas etapas de la vida y en las varias situaciones existenciales. Y soy feliz cuando al final podemos despedirnos con alegría.

Pero ésta es sólo una primera respuesta a la petición de mi amigo obispo que siento como un pedido que me ha venido de Dios. Nos hemos dicho y siempre lo repetimos en nuestro Dicasterio que debemos trabajar y obrar para que los sacerdotes en el mundo puedan vivir su vocación con mayor valentía y más alegría.

Pero, ¿qué puede hacer feliz a un sacerdote? Me he observado a mí mismo y os invito a que os planteéis conmigo la pregunta: ¿qué me hace feliz? Feliz no de cualquier manera, fugaz y superficial y tal vez egoísta; sino feliz en un sentido verdadero, profundo y evangélico? Os comparto tres situaciones que me llamaron la atención, pero seguramente vosotros sabrías añadir otras.

1. Somos felices cuando nos sentimos mirados con confianza, estima y benevolencia. Aquí, en verdad, surge una gran responsabilidad recíproca entre nosotros sacerdotes: ¿Cómo nos miramos el uno al otro? ¿Y cómo nos sentimos mirados los unos por los otros? Existe la terrible expresión que habla de la "*invidia clericalis*": de la envidia entre los sacerdotes. ¿Quién de nosotros no la ha experimentado? ¡Cuánto daño nos hacemos unos a otros con esto! Y hay otro fenómeno, que el Papa Francisco no duda en llamar "cáncer": el chismorreó, el hablar mal el uno del otro y quejarnos el uno del otro: del párroco vecino, del obispo, del vicario general ... Hablar mal de los demás, en vez de bendecirlos: en vez de hablar bien de ellos y crear en el presbiterio un clima de confianza, de estima y de benevolencia! Si esto no existe, es fácil que empecemos a buscar cariño en otra parte.

Pero debemos ser realistas: ¡nunca encontraremos un presbiterio óptimo o tampoco un obispo perfecto, un vicario general perfecto! El profeta Jeremías advierte: "Maldito el hombre que confía en el hombre, y pone su apoyo en la carne, alejando su corazón del Señor" (Jer 17, 5). ¡La verdadera ancla de salvación de nuestra vida y la única fuente de estima y de benevolencia que nunca falla es el Señor! Tenemos necesidad de exponernos diariamente a los rayos de ese Sol divino que es su Amor. Y esto sucede especialmente en la oración. Alguien dijo: "La oración es la casa del virgen". Por supuesto, no cualquier oración superficial hecha sólo con palabras, sino la oración vivida con el corazón cuando nos ponemos ante él y lo escuchamos, pobres, abiertos interiormente y silenciosos.

Desde que vivo en el Vaticano, todas las mañanas me levanto un poco antes de las 5 y me pongo en camino desde mi casa a la Gruta de Lourdes en los Jardines del Vaticano. Mientras voy caminando rezo el Rosario y medito: camino en compañía de la Virgen, escuchando a Jesús. Miro con Él mi vida y mi día, le hablo y le escucho, le encomiendo personas y cosas, pongo en sus manos preocupaciones y nudos que desatar. Vuelvo a casa con nueva luz y con nuevos ánimos, más consciente de que soy hijo de Dios, amado por Él, y de que sólo así puedo ser hermano y padre de todos los que me encuentro. Y así soy un Cardenal y un Prefecto feliz, a pesar del duro trabajo y de los muchos problemas que tengo que afrontar cada día.

2. Una segunda experiencia que quizás os sorprenda: soy feliz, evangélicamente feliz, cuando no tengo nada que esconder. Pero, ¿cómo podemos hacerlo, si todos tenemos fragilidades e inevitablemente cometemos errores y fallos? ¿Quién de nosotros podría decir que en su vida todo está bien? Seríamos como ese fariseo que sube al templo, se pone en primera fila y dice: "Oh Dios, te doy gracias porque no soy como los demás" (Le 18,11). En cambio, todos tenemos necesidad de recurrir humildemente al gran don del sacramento de la reconciliación. Es verdad, a veces nos acercamos con miedo y con vergüenza a este sacramento, pero después volvemos a estar enteros, íntegros, y sentimos una nueva libertad: no tenemos nada que esconder; no hay nada que no estaría confiado a la misericordia y al perdón de Dios Para mí, cuando llegué a Roma, ha sido una prioridad encontrar un confesor estable y visitarlo regularmente. Pero la confesión por sí sola no es suficiente. Nosotros, que estamos

llamados a ser padres de almas y entramos en contacto con tantas situaciones personales, incluso íntimas y delicadas, tenemos necesidad también de ser acompañados; es decir, tenemos necesidad de recurrir a una persona madura y dejar que nos mire como un libro abierto. Somos muy conscientes de que un carro necesita ser llevado al taller de vez en cuando para la revisión si no queremos llevarnos sorpresas desagradables. Así también nosotros necesitamos dejarnos mirar de vez en cuando por una persona experta sin ocultar nuestras zonas de sombra y nuestras incoherencias, para entender cómo lidiar con ellas y remediarlas. De lo contrario, corremos el riesgo de ser guías ciegos (cf. Mt 23, 16,24) y de vincular a las personas a nosotros en lugar de a Jesús, enredándonos en situaciones poco claras. Y no experimentamos la felicidad de los "limpios de corazón" (cf. Mt 5, 8): de los que tienen la valentía de dejarse purificar siempre de nuevo el corazón.

3. Una tercera experiencia que creo que todos hacemos: somos felices cuando estamos con buenos amigos o en familia y hacemos juntos una buena comida o una buena cena, un paseo o unas vacaciones. ¿Quién de nosotros no recuerda momentos como éstos? Momentos en los que desaparecen todas las preocupaciones y podemos sencillamente ser nosotros mismos, sin máscaras y sin defensas; momentos en los que también nosotros acogemos a los demás tal como son, nos entregamos generosamente a ellos y ellos hacen lo mismo. Entonces nos sentimos en casa, ya no solos y en peligro, sino protegidos. "A priest needs a home - el sacerdote necesita un hogar", repetía a menudo el sacerdote que se ocupó de gran parte de mi formación en el ministerio y a quien le debo muchísimo. Ahora bien, esta casa no debería ser un refugio que encontramos en algún lugar -en la propia familia de origen o en un círculo de amigos o en otro lugar-, sino que debería ser el presbiterio. Para mí ésta es una cuestión prioritaria: nosotros nos preocupamos por muchas personas, pero ¿nos cuidamos unos a otros? ¿Qué tan cerca estamos de alguien que como sacerdote pasa por un momento de incertidumbre, de duda, de noche? ¿A quien encuentra dificultades en la pastoral y quizás es agredido por la gente? A quien tiene una parroquia pobre y casi no tiene lo necesario para vivir? Y qué tan cerca estamos también del obispo que muchas veces tiene una vida más complicada que la nuestra. Si a nosotros como párrocos nos llegan alegrías y tristezas, al obispo con frecuencia le llegan sobre todo problemas. En resumen, ¿cuánto hacemos para que nuestros hermanos y también el obispo puedan ser felices y para ser felices nosotros junto con ellos? ¡Solo así nuestra vida será atractiva y podrán nacer también nuevas vocaciones! Y sólo así -sólo si los sacerdotes somos una verdadera comunidad entre nosotros- seremos auténticos constructores de comunidad donde llevemos a cabo nuestro servicio ministerial. Por eso, para mí siempre ha sido una prioridad recordar los cumpleaños de mis hermanos, tomar el teléfono y llamarlos para hacerles sentir mi cercanía. Así como es una prioridad para mí hoy, llegar al Dicasterio por la mañana a la misma hora que todos los demás y no sentarme inmediatamente en el escritorio, sino detenerme en la entrada para intercambiar algunas palabras con uno o con otro y luego pasar de oficina en oficina para saludar a los demás también. No es tiempo perdido, sino lo que hace real y auténtico nuestro servicio: "En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si tenéis amor los unos por los otros" (Jn 13,35). ¿Y sabíais que también los obispos, cuando vienen a nosotros en su visita ad

limina, se alegran de ser recibidos con un café o un jugo y unos dulces?

Porque, en realidad, ¡incluso los obispos necesitan un hogar!

Edificados sobre roca

Queridos hermanos sacerdotes: Hemos hecho muchas consideraciones sobre lo que nos puede desalentar en nuestro ministerio y sobre lo que nos puede hacer felices. La verdadera felicidad -nos hace comprender Jesús en las Bienaventuranzas con las que abre el Sermón de la Montaña- es la felicidad pascual: "Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos. Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados. Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra ... " (Mt 5, 3-5). Al final, para resumir todo ese Discurso, Jesús afirma: "Por tanto, el que escucha estas palabras mías y las pone en práctica será como un hombre prudente que edificó su casa sobre la roca. Cayó la lluvia, se desbordaron los ríos, soplaron los vientos y dieron con ímpetu contra aquella casa, pero no cayó, porque estaba cimentada sobre roca» (Mt 7, 24-25). Nuestra felicidad puede ser firme y duradera sólo si tiene como base la Palabra de Dios, la vida y el poner en práctica la Palabra de Dios".

Por eso me es tan querido el lema que guió toda la segunda parte de mi formación al ministerio y del cual hablaré a los seminaristas esta tarde: un solo libro: el Evangelio; una sola ley: el mandamiento nuevo; un solo Maestro: Jesús.

Pero entonces llegó mi ordenación. Extrañamente, me desperté esa mañana con la impresión de que iba a morir ese día. Cuando después, durante la misa, estaba postrado en el suelo, me sentía como el grano de trigo que cae en la tierra y muere: muere con Cristo por el bien de los hermanos. Ese día comprendí que ser sacerdote significa morir para vivir con Jesús por mis hermanos y me uní profundamente a Jesús crucificado: sí, ese día me casé con Jesús crucificado y abandonado. Han pasado más de 40 años y puedo decir dos cosas: primera, es esta unión con Jesús abandonado en la cruz, es este "matrimonio" con él, lo que me ha mantenido siempre en pie; en segundo lugar, es esta unión con Jesús abandonado la que me ha hecho pasar siempre, una y otra vez de la Cruz a la Resurrección, de los problemas a la esperanza, de los conflictos a la caridad, de lo negativo y de la oscuridad a la luz y a lo positivo.

Hace poco me pidieron que ordenara sacerdotes a 25 diáconos de la Prelatura del Opus Dei. Unos días antes me encontré con ellos y pasamos un momento de profunda comunión. Tuve la valentía de hablarles con el corazón abierto y les dije sin rodeos: hacerse sacerdote significa casarse con Jesús Abandonado, porque fue allí en la Cruz y en el más negro abandono que generó a la Iglesia, a la nueva humanidad. Todos quedaron impresionados por estas palabras mías. Me alegré mucho cuando, después de la celebración de la ordenación, alguno de ellos se me acercó y me dijo: «Hoy me he casado con Jesús Abandonado». Pensé: este sacerdote ha captado verdaderamente el secreto de la felicidad y de la fecundidad sacerdotal. Su vida está construida sobre roca.

En conclusión

Permitidme decir, para concluir, una última palabra que resume un poco todo lo que les he compartido: los desafíos de la vida sacerdotal y ministerial hoy son muchos; Creo que debemos pasar del actuar como sacerdotes al ser sacerdotes, como Jesús.